Crémer contra Crémer

Los magníficos locos de Villafranca

Victoriano Crémer

¿QUIÉN a los dieciséis años no ha compuesto un madrigal prendido del encantamiento ingobernable de una muchacha en flor? Pero sólo aquel que durante el transcurso de su vida sigue perdido en el laberinto de sus ensañamientos, puede tener derecho a la titulatura de poeta por la gracia de Dios.

Una Ciudad que durante más de un cuarto de siglo, se mantiene hermosa e intachable, sobre su carro de espumas contemplando la andadura apasionada de la Poesía, sin que sean bastantes motivos para arrancarla de su ensimismamiento ni las bastardías, ni los estrépitos, ni las peleas de furianes, ni las ambiciones morbosas y perversas a las cuales parece estar llamado este mundo nuestro, es indudablemente un egregio motivo de cavilación y de asombro. Villafranca del Bierzo es esa Ciudad. Y así que el calendario alcanza su culminación, ya con el verano anunciándose con la trompetería y el fasto de luces y clarines, la seductora Villa jacobea, esgrime sus torres, retoca sus piedras sagradas, pone ruiseñores en sus arboledas y abre su embrujo. Porque Villafranca es una ciudad para la magia, para el duende desencadenado, para el latido de campanas santas, para la música escondida del aire y del agua.

A Villafranca del Bierzo hay que vivirla, porque contada parece una invención. Y para ser vivida, para ser gozada, para ser entendida y amada, en un día del mes de Junio, exactamente en la noche bruja del trece, que es número simbólico, y en la gloriosa mañana del domingo, 14, saca a la Calle del Agua sus banderas, sus músicas y sus púrpuras de villa noble, para acoger a la Poesía. Es decir, que, en un rapto de rebelión contra la vulgaridad, contra el becerrismo de oro, contra la perversión de los valores, Villafranca del Bierzo monta y ampara el más soberbio espectáculo del mundo, el más insólito, el más necesario. Es como cosa de locos. Pero ¿es que cabe mayor cordura que la de rescatar para el ser humano precisamente aquello que la sociedad le niega?

Es como si de nuevo, en la fastuosa mansión de los Duques cervantinos, bajo la pompa verde de la Alameda, se reprodujera la fantástica cabalgada de Calvileño.

Cosa de locos, evidentemente. De locos magníficos, de épicos, de sobrenaturales locos. En la noche del sábado, y precisamente a la hora de alucinante de los locos, de los magos y de los poetas, en el atrio de la Colegiata, que aún conserva resonancias de su condición de Catedral con pompa y privilegios, tendrá lugar la primera ronda litúrgica y lírica, para culminar en la mañana del domingo, día 14, con la Fiesta de la Exaltación de la Poesía, en la que intervienen, con sus versos con sus músicas, con su palabra, cuantos aparecen comprometidos en la gran operación de salvar del holocausto el espíritu del hombre. En esta ancha y democrática Asamblea, se tratará de todo lo divino y de lo humano, con palabra clara, teniendo como testigos los rosales y el cenotafio que recuerda la voz de un poeta muerto.

Las autoridades, procedentes de todos los vientos, asisten al ceremonial sin permitirse la licencia de intervenir, ni siquiera de hacerse notar. Porque de lo que se trata es de espantar todos los recelos, los miedos y las sombras del corazón del hombre. Cumplido el rito y todavía resonantes las palabras de los protagonistas entre el suave roce de las ramas floridas, el Ayuntamiento, es decir, el pueblo de Villafranca, extiende los manteles sobre la mesa común e invita a cuantos han asistido a la consagración de la Primavera, con el vaso de buen vino con que el Arcipreste rubricaba sus pregones. Y se produce entonces uno de los fenómenos más interesantes de cuantos se registran en los sismógrafos de nuestro tiempo: la fusión de las lenguas, la hermandad entre todos los hombres de buena voluntad, la comprensión, la transigencia, el conocimiento... El amor, en suma.

Es cosa de locos, sí, pero de magníficos, de maravillosos locos. Quien no haya tenido ocasión de asistir a esta suprema representación de la Fiesta de la Poesía en Villafranca del Bierzo, no sabe bien lo que se ha venido perdiendo durante más de un cuarto de siglo...

«Si damos en poetas -nos explican con palabras de Juan de Mairena- es porque convencidos de esto, pensamos que hay algo que va con nosotros digno de cantarse. Si os place mejor, porque sabemos qué males queremos espantar con nuestros cantos».

-¡A lo mejor es eso!

-Seguro.